

## SYLVIA PLATH EN NOTRE DAME

ANTONIO RIVERO TARAVILLO

Me he encontrado una foto de Sylvia Plath en París y 1956, y la he robado. La he robado como alguien roba un símbolo porque este se ha apropiado antes de él y forma ya en la sintaxis de sus pensamientos y, sobre todo, en el orden desordenado de sus intuiciones.

Esta foto de Sylvia Plath en París y 1956 tiene a sus espaldas Notre Dame, gris, sucia por la contaminación de los coches que atestan el primer plano y que un semáforo retiene, pastor de su rebaño y triple Polifemo, con luz roja que más bien vira al ámbar.

Aunque esté a un lado del encuadre, el círculo es centrípeto y lo recoge todo. El ámbar contiene la imagen, rescatada en su gota de resina fósil: un bello animal, rubio, sonrío; un templo como telón de fondo de la representación, elegido decorado de lo que resultará tragedia.

El semáforo se puso verde y el tiempo arrancó, no se detuvo. Modelos más modernos sustituyeron a los automóviles y luego estos dejaron de circular bajo las torres. Devino mueca la sonrisa.

La catedral ardió, y ella murió asfixiada en un horno al suicidarse cuando conoció la infidelidad del hombre que tomó esta foto feliz, esta resina fosilizada.

Aquí están ambas antes del fuego, del gas, en su gota de ámbar protectora. Qué quieren decir, no sé. Pero nos hablan.